

El Laberinto, el Guardián del Lugar, el Genius Loci y la Cosmovisión Andina

En el norte de Chile, las **Presencias Tutelares de la Pampa de Acha** pueden ser comprendidas como guardianes contemporáneos del desierto, resonando con los antiguos geoglifos que acompañaban rutas, ceremonias y territorios sagrados. Su presencia nos recuerda que el paisaje andino no es vacío ni simple extensión geográfica: es memoria viva, cuerpo ancestral y un territorio habitado por fuerzas visibles e invisibles.



Estos “Guardianes del Desierto” nos hacen evocar a los **Achachilas**, espíritus ancestrales del pueblo Aymara, protectores de las montañas, de los caminos, del hombre y sus costumbres. A su vez, nos conducen simbólicamente hacia los **Laberintos Unicursales**, permitiendo vislumbrar entre ambos, significados y asociaciones profundas.

Tanto los **Laberintos** como estas **Presencias Tutelares** pueden ser comprendidos como:

- Guardianes del Territorio Sagrado, ya sean ancestros, espíritus del lugar o fuerzas protectoras.
- Memoria espiritual, actuando como puentes entre el pasado, el presente y el futuro.
- Estructuras o presencias situadas entre lo humano y lo cósmico, conectando la tierra con el cielo y al ser humano con su entorno.
- Guardianes del Umbral en el viaje iniciático del alma.

En el desierto de Arica, donde el vacío, el silencio y el cielo se manifiestan con intensidad, las Presencias Tutelares nos recuerdan que el paisaje andino no es solamente geografía: es memoria, espíritu y presencia. Ellas nos invitan a reconectar con nuestra historia, con nuestra pertenencia y con la dimensión sagrada del mundo.

Las Presencias Tutelares son susurros del pasado actuando en el presente, ellas nos dicen que el territorio cuida, y que todo lugar verdadero posee alma. Representan la conciencia que observa, los ancestros que acompañan, el llamado interior del desierto, la protección invisible durante el viaje iniciático que todo humano realiza en algún momento de su vida, ellas atestiguan el encuentro entre lo humano y lo eterno. Este concepto evoca profundamente el significado del

territorio en la Cosmovisión Andina, donde los lugares, al ser habitados o recorridos, desarrollan memoria y presencia espiritual. De esta manera nacen los conceptos de guardianes del lugar, espíritus tutelares o alma del territorio. Por ello, el tránsito humano no es únicamente un desplazamiento físico, sino que es experiencia espiritual, corporal y simbólica entre el medio que habita y él mismo.



Del mismo modo, el tránsito por el Laberinto no es sólo una metáfora de la vida, ni únicamente una meditación en movimiento. Al caminar por el Laberinto conectamos con el **campo de conciencia colectivo de todos los caminantes de laberintos** en la historia pasada, presente y futura; vinculándonos con la búsqueda de lo trascendental, con la Verdad y con el sentido profundo de la existencia y de la vida misma. Al habitar al Laberinto integramos que también somos el reflejo de lo externo en lo interno o viceversa.

Para los Aymaras, el mundo del centro —donde habita el ser humano— es el espacio donde se libran las batallas de las fuerzas complementarias: los opuestos, el cielo y el subsuelo, la luz y la oscuridad. Es gracias a la interacción de estas fuerzas que se concibe la vida, donde surge la creación. En esta cosmovisión se habla del Dios Creador y del Genio Maligno, de principios opuestos

que dan origen a la civilización. El genio maligno es un ser subterráneo y arcaico, asociado a la oscuridad, representado por criaturas que habitan en las profundidades de la tierra, como las serpientes. Los Aymaras del norte de Chile temían a **Katari**, una enorme serpiente subterránea investida de poderes sobrenaturales, que encarnaba la fuerza de la naturaleza, ocasionando movimientos sísmicos, catástrofes y muertes. Katari representa así el poder transformador que remece todo orden establecido y necesario para la liberación del alma humana. Podríamos decir que el Laberinto encarna simbólicamente los tres mundos de la cosmovisión Aymara, aquí su centro equivale al plano del medio o **Aka Pacha**, en donde se encuentran las energías de arriba y de abajo, y al que se llega equilibrando el subsuelo y el cielo. Tanto en la visión andina como en los recorridos por los Laberintos, el tiempo puede ser comprendido como circular, el eterno retorno, en donde, por medio de la integración de los opuestos, se produce la transformación. Se



comprende que la vida no se encarna de manera lineal, sino como convergencia entre cielo y tierra, pasado y futuro, cuerpo y espíritu, ancestro y caminante. El Laberinto participa así del misterio del eterno retorno: permitiendo regresar al punto de partida como el Uróboros, pero ya no siendo los mismos, sino desde un estado de mayor conciencia.

Desde tiempos antiguos, el ser humano ha buscado formas de habitar su entorno. Para ello ha dejado marcas, señales y trazos sobre la tierra, como los geoglifos, que otorgan orientación, identidad y pertenencia al territorio. Estas señales pueden llegar a cumplir el rol de guardianes del camino, o funcionar como vínculos con deidades del agua, de la fertilidad o del firmamento. Pero a diferencia del resto del reino animal, para el ser humano, parte del sentido de vida siempre ha sido el poder comunicar y

resguardar no sólo aquello que le es propicio para la vida o para la conservación de la especie, sino que también aquello que nos une y nos identifica en el espíritu, en el sentido más profundo de la existencia, ese anhelo del alma de comunión con la propia divinidad, pudiendo ésta ser experimentada dentro del territorio en lugares consagrados demarcados o contruidos por el hombre.

Al igual que los geoglifos orientaban y sacralizaban el territorio, muchos templos fueron levantados sobre “aguas milagrosas”, puntos de poder o líneas energéticas de la Tierra, cuyos objetivos no eran honrar a dioses o diosas, sino más bien el de volver a la Fuente. Y así a través de ritos, danzas, oraciones, o el simple hecho de habitar esos espacios, lograr sentir que



pertenece como raza a lo divino. El camino de la intuición y la mirada al propio inconsciente se abren nuevamente.

Hoy en día sabemos, que muchos Laberintos han sido construidos sobre lugares energéticos. Éstos se han ubicado sobre cruces de napas subterráneas, fallas geológicas o puntos de energía significativos, demarcándose así un lugar sagrado para el ser humano: un ambiente diferente del mundo ordinario, un **Templum**, un espacio en donde se conecta con las energías de la Tierra y del Cielo, propiciando la salud, el equilibrio y la vida. Cuando un Laberinto es construido bajo conocimientos los conocimientos de los Maestros Constructores Europeos, su centro se ubica sobre un vórtice positivo de la Tierra y tanto sus dimensiones como sus proporciones se calculan, en parte, por la latitud del lugar y su relación con un año solar. Dichas energías pueden ser percibidas por el cuerpo o medidas mediante técnicas como la radiestesia. Siendo ésto un testimonio vivo de la interrelación entre el hombre y su entorno.

No deja de llamar la atención que en la mitología romana existiera el **Genius Loci**, el espíritu protector de un lugar, frecuentemente representado como una serpiente. Más aún, resulta significativo observar la coincidencia simbólica entre los antiguos maestros constructores europeos, que identificaban estos puntos de poder sobre la Tierra basados en fuerzas subterráneas, y la presencia de fuerzas de la naturaleza entendidas como entidades telúricas o serpenteantes en diversas tradiciones ancestrales. Estas fuerzas, deidades o energías nos han acompañado desde tiempos primordiales en el inconsciente colectivo. Ya que para el ser humano antiguo, era de importancia existencial el de “llegar a tener buenos términos con el Genius de la localidad en donde su vida tiene lugar” (Schulz, 1980).

Es en esta necesidad del hombre de anclar lo divino al territorio, que se identifica el anhelo de pertenencia, ya que el ser humano, antes de cualquier cosa, siempre estará buscando su lugar en el mundo y no solamente en el territorio, sino que además para sí mismo. La integración del mundo psíquico al físico y viceversa se torna primordial y evidente. El hombre es constantemente llamado a la unificación de todas sus partes, y cuando éste se haya a así mismo en el mundo externo, es cuando logra reunificarse en el interno. Es por esto que el morar no es simplemente estar en un paisaje inerte o indiferente al ser humano. Morar implica comprender que, al ordenar los componentes macro y micro del lugar, el ser humano se orienta, se identifica en el espacio y logra sentir su pertenencia. El paisaje deja entonces de ser ajeno: se convierte en el lugar donde nacen los sentimientos, la cultura y la memoria de los ancestros. El territorio se transforma así en una fuente existencial: recibe sentido y, al mismo tiempo, otorga sentido al ser humano.

Para Heidegger, morar significa estar en paz en un lugar protegido. Cuando el ser humano se halla en el lugar, llega también a reconocerse a sí mismo como parte del territorio que habita. En ese momento toma conciencia de quién es, ya que su macrocosmos se ha convertido en un espacio significativo, es decir, en un espacio con sentido. En otras palabras, para adquirir raíces existenciales, el ser humano debe poder orientarse; debe saber dónde está en el espacio, pero también debe poder identificarse con el paisaje. Bajo estas circunstancias es cuando concebimos seguridad, soltamos las proyecciones con sus ilusiones y comenzar a ser, ya no se actúa desde el desconcierto y comienza a pertenecer. Comenzamos a habitar. Comenzamos a morar.

Entender al arquetipo de pertenencia es abrazar a la fuerza creadora y pluripotencial del enraizamiento, condición necesaria para que el ser humano pueda desplegarse en su grandeza. Sin pertenencia, no hay seguridad, sino somos capaces de darle valor a nuestro árbol genealógico, aceptando al padre, la madre y a todos los ancestros, perdemos la energía de todo nuestro linaje quedándonos desconectados de la Tierra, de nuestro 1 chakra, de la kundalini. Es en el sentirse seguro que el cerebro deja de estar en el modo de supervivencia, y el hombre puede habitar el mundo desde un espacio de confianza, de arraigo y con sentido. Sólo cuando abandonamos el estado permanente de supervivencia podemos comenzar a actuar desde una respuesta cerebral más consciente y cortical. Dejamos de reaccionar y comenzamos a ser quienes verdaderamente queremos ser, alcanzando una forma más profunda de libertad. Por ello, se dice que pertenecer a un lugar “hace que la existencia humana sea significativa, y el significado es la necesidad humana fundamental”, como señala Christian Norberg-Schulz. Caminar es orientarse, recordar, pertenecer para poder transformarse en quien estamos llamados a ser. El ser humano camina entre fuerzas visibles e invisibles, entre memoria ancestral y búsqueda interior, entre la orientación externa y el llamado profundo. En consecuencia, el Laberinto no es solamente una figura geométrica: es un espacio de tránsito, de protección, de orientación y de transformación; que nos enseña no a perdernos, sino a conocernos.

El Laberinto sólo cumple el sentido de su existencia cuando es habitado por el ser humano. Es allí, en el acto de caminarlo, cuando conectamos con la multiplicidad de potencialidades, con el no-tiempo y el no-espacio; cuando podemos tocar, aunque sea por instantes, nuestra capacidad de morar la trascendencia desde su centro en nuestro centro. El Laberinto se convierte en una forma de escucha del lugar, reconociendo a sus guardianes y caminando en reciprocidad con la Tierra, siendo también a su vez él por sí mismo un Guardián, un Umbral que posee su propio Genius Loci. Desde el Genius Loci, el Laberinto puede entenderse como una arquitectura simbólica del habitar. No se limita a ocupar un espacio: lo consagra, lo ordena y lo vuelve significativo. Cuando un Laberinto se instala en un territorio cargado de memoria, dialoga con su espíritu.

En otros contextos, el Genius Loci se ha descrito como entidad que puede formarse por acontecimientos mágicos, por líneas de energía, por acumulaciones de maná o por equivalentes simbólicos de poder espiritual. En el uso contemporáneo, el **Genius Loci** se refiere generalmente al carácter propio de un lugar, a su atmósfera particular o al “espíritu del lugar”, más que a un espíritu guardián en sentido literal. Cabe mencionar, que el término **Genius Loci** no se limita sólo a un espacio; también puede aplicarse a ciudades, objetos, elementos de la naturaleza y, por ende, al Laberinto Unicursal. Nombrar el Genius Loci de algo es reconocer sus cualidades, sus condiciones propias, aquello que lo diferencia de su entorno y le otorga una personalidad singular y es en ese instante, que el ambiente puede ser experimentado como significativo. El Genius Loci, entonces, denota lo que una cosa es, o aquello que está llamada a ser. Al pertenecer a un lugar o al llegar al centro del Laberinto, tenemos la oportunidad de conectarnos con la morada del alma en el macrocosmos del Gran Misterio, y a su vez el de conectarnos en ese mismo punto con el lugar donde yace la chispa divina del propio microcosmos, fundiéndose así lo externo con lo interno.

En una sociedad confundida, donde se ha olvidado la importancia de morar el territorio, es esperable que también dejemos de escuchar a nuestra alma, a nuestro guía o al dáimon interior. El **Dáimon** ha sido asociado a múltiples significados: divinidades primitivas, como el Minotauro;

almas divinizadas de antepasados, como los Achachilas; intermediarios entre los dioses y los hombres, como Eros o el propio Laberinto; o energías interiores que actúan como guías,

conciencias superiores, genios protectores, ángeles tutelares o la “voz profética dentro de mí”, como aparece en la Apología de Sócrates, de Platón. Es importante destacar, que éste no sólo tiene la misión de protegernos en la vida, sino también de expandirla. Es fuente de creatividad, orientación hacia lo justo, hacia lo bueno y hacia aquello que nos llama desde lo profundo, por ello es que debemos de re-aprender de habitar el territorio, el mundo externo.

Desde el pertenecer en un entorno seguro es que el ser humano puede desplegarse en la dimensión del tiempo y habitar lo sagrado. Si el cielo, la tierra, el lugar y la atmósfera permanecieran desconocidos para el ser humano, éste se perdería en su propio camino, ya que es imposible de hallarse en un espacio donde el mismo tiempo se encuentra sin referencias. En el instante en que el ser humano es capaz de reconocer su entorno a través de las cosas, del orden, del carácter y de la luz, toma su lugar en el territorio o su relación para con el objeto. Y ahí es cuando al reconocerlo por resonancia se re-reconocerse. Ya no comprende el mundo en dualidad, sino como una totalidad. Ante él se abre entonces la dimensión de la espiral en ascenso, se accede a niveles de conciencia superiores y se encarna al tiempo en circular, unificándose a sí mismo en una sola Unidad con la Fuente y su gran Tejido.

Habitar el lugar o habitar el Laberinto implica percibir el mundo no sólo con la vista, sino con todo el cuerpo y con todos los sentidos. Sólo así podremos adentrarnos, con todo nuestro despliegue, hacia el centro del alma, bajo la ley de la correspondencia, entre el macrocosmos y el microcosmos. Porque así como no se puede separar la divinidad del territorio, tampoco se puede apartar la divinidad del propio cuerpo. Cuando nos reconocemos y pertenecemos a nuestro territorio externo, también logramos morar nuestro territorio interno e integrarnos entre el cuerpo y la psiquis. Al honrar a los guardianes del lugar, nos abrimos paso para percibir por resonancia y correspondencia a nuestro propio Dáimon, que habita —y es— la morada del alma.

Se nos ha develado que al habitar en el territorio, en el macrocosmos, el ser humano recupera su lugar perdido, escucha la voz del espacio y reconoce a sus ancestros, guardianes y energías del lugar; porque aquí entendemos que el caminar en el microcosmos, o en el Laberinto Unicursal, el ser humano se re-encuentra con su propósito primordial y transforma el caminar en un rito de pertenencia sagrado a toda la Humanidad.

“La llamada es a volver a morar al mundo profano anclándolo a su aspecto divino, para que, en coherencia con nuestra alma, podamos alcanzar nuestro destino.”

CaminoLaberinto



Bibliografía

Boff, Leonardo. *Ética y moral*. Santander: Sal Terrae, 2004.

Mickey Santiago. Achachilas: Espíritus Protectores Aymaras. 2016

Campohermoso Rodríguez, Omar Félix; Soliz Soliz, Ruddy; Campohermoso Rodríguez, Omar. “Lógica aimara trivalente y cosmovisión andina”.

Carmona, citado en estudios sobre identidad humana, identidad del lugar y genius loci, 2016.

Curl, James Stevens. “Norberg-Schulz, Christian”. En *A Dictionary of Architecture and Landscape Architecture*, 2000.

Echeguren Rojas, Victoria, y Guaitero Rodríguez, Mariana Tibisay. *Influencia del Genius Loci en América Latina*. Lectura y Expresión Académica, María José Aulet González, Primavera 2017.

Heidegger, Martin. Referencias sobre construir, habitar y morar, citadas por Norberg-Schulz.

Husserl, Edmund. Conceptos fundamentales de fenomenología y epoché.

Lynch, Kevin. *The Image of the City*. Cambridge: MIT Press, 1960.

Norberg-Schulz, Christian. *Genius Loci: Towards a Phenomenology of Architecture*. Nueva York: Rizzoli, 1980.

Norberg-Schulz, Christian. “The Phenomenon of Place”. En Alexander R. Cuthbert, ed., *Designing Cities*. Blackwell Publishers, 2003.

Pallasmaa, Juhani. *Los ojos de la piel: la arquitectura y los sentidos*. Barcelona: Gustavo Gili, 2006.

Pesci, Lucía. *Proyectar el paisaje en clave de sustentabilidad. Análisis sistémico de experiencias. Aprendizajes y desafíos*. Tesis de Magister en Desarrollo Sustentable, UNLa-FLACAM, 2020.

Santiago, Mickey. “Achachilas: espíritus protectores aymaras”, 2016.

Wolf, Greg. “Divinity and Power in Ancient Rome”. En Nicole Brisch, ed., *Religion and Power: Divine Kingship in the Ancient World and Beyond*. Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago, 2008.

Tres Iniciados. El Kybalión: Estudio de la filosofía hermética del antiguo Egipto y Grecia. 1908. Editorial, Año de edición.

Fuentes complementarias mencionadas en el documento base: Wikipedia — Presencias Tutelares; Arica al Día — Mes del Patrimonio: Presencias Tutelares; Wikipedia — Juan Díaz Fleming; Wikipedia —

Achachila; Raíces del Desierto — Achachilas: entidades tutelares; Pueblos Originarios — Las Achachilas; textos sobre Cosmovisión Andina y Educación.